

LAS REVISTAS

ALGO SOBRE PAUL VALÉRY

En uno de los últimos números de la *Revue de France*, la interesante revista que dirigen en París Raymond Recouly y Marcel Prevost, aparece un artículo titulado *Lecturas*, del agudo crítico de Proust, Leon Pierre Quint, en que se refiere a la obra de otro ídolo del público literario francés y universal: Paul Valéry.

Siempre he colocado a Valéry entre los cuatro o cinco primeros escritores de nuestra época. Para hacer mi juicio más actual, he decidido releerlo. Tenía curiosidad de saber si sus libros o alguna parte de ellos creaban de nuevo en mí un choque emocional, sin el que no me intereso por obra artística alguna.

En efecto, la primera condición que debe llenar una obra para satisfacerme es la posibilidad de revivirla intensamente en mí y de volver a crearla (recrearla) por directa simpatía. Esta comunión me prueba que he descubierto, más allá de mi visión habitual, en las fuentes originarias de la vida, *alguna cosa* profundamente humana. Si vuelvo a encontrar esta impresión en una segunda lectura, habiendo desaparecido toda sorpresa y toda novedad, me convengo de la autenticidad y del carácter inédito del es-

tado de espíritu que me hacía vibrar.

Sólo después de esta prueba interviene mi juicio crítico para analizar las emociones de mi lectura: entonces estudio la técnica de esta obra, es decir, los medios y el método que le han permitido la perfección de su expresión; trato de darme cuenta de su calidad intelectual, de conocer su carácter de universalidad. Por último, quiero conocer la amplitud de inteligencia de su autor, dicho en otra forma: su concepción del mundo en comparación con la mía. ¿Rechaza él, como yo, las ideas absolutas? ¿Se encuentra obsesionado por el relativismo de todas las cosas de la existencia? ¿Qué perspectiva encuentra a esta vida o a la futura?

Tales son las condiciones que exige el crítico a un autor para que este le interese. Veamos si Valéry, el estudiado, las cumple o no:

En 1917 cuando Valéry reapareció con *La jeune Parque*, no hubo griterío. Por otra parte, su carrera oficial y mundana, desde esta época, era su mejor testigo.

Para justificarse, declara hoy día que no tiene «sociedades ni conocimientos» que no reposen sobre «decisiones arbitrarias». ¡Afirmación débil y simplista! Sin duda las instituciones resultan de compromisos entre diversas necesidades sociales; porque son idealmente la

expresión necesaria de la sociedad. El rebelde que no acepta las instituciones tales cuales son, tiende iustamente a adaptarlas mejor a su función, a perfeccionarlas. Pero Valéry prefiere creer que aproximación es sinónimo de arbitrariedad. Si las leyes, la justicia, las guerras, piensa, son fenómenos a la vez fantásticos y fatales, no queda sino tomarlos como son y no ocuparse más de ellos. Desprendido de los problemas sociales, Valéry se complacerá entonces en enseñar otras posibles vidas colectivas.

Yo no creo que nuestros conocimientos se encuentren fundados sobre «decisiones arbitrarias». Las leyes de la física, de la historia, las leyes del lenguaje, la gramática, la sintaxis, las reglas de versificación, si parecen convencionales, es porque ignoramos las causas que las han engendrado. La ciencia tiene justamente por fin eliminar el azar. Valéry que manifiesta un tan gran amor a las ciencias, no ama verdaderamente sino las matemáticas, y particularmente la geometría. Esta en realidad se encuentra fundamentada en postulados que pueden parecer arbitrarios. ¿Luego, apoyado en estas bases convencionales, no es libre el hombre de razonar rigurosamente, de teorema en teorema, sobre cualquier conocimiento?

Toda la obra en prosa de Valéry se me presenta como una perpetua especulación sobre hipótesis de pura fantasía. Es una embriaguez de especulación en el vacío. En efecto, el escritor se contenta con tomar, desarrollar, comentar el *Método* descrito en la *Introducción a Leonardo de Vinci*. Pero lo que le caracteriza, en adelante, es que ninguna cuestión vital le interesa y sólo el puro juego intelectual lo apasiona. Como M. Teste, se desliga de lo perceptible y medita sobre el papel del espíritu. Pero M. Teste tenía un objetivo: quería adquirir un poder extraordinario. Valéry lo ha renunciado. Se contenta con divertirse, con entretenerse.

Ha comprobado que la inteligencia está caracterizada por su facultad lógica y por su necesidad de precisión. Para hacer funcionar esta inteligencia, ¿no es suficiente encadenar razonamientos unos a otros, con el máximo de rigor? ¿Estos razonamientos no serán tanto más intelectuales, declara Valéry, cuanto más se aproximen a las matemáticas, es decir, carezcan de contenido concreto? Esta cabriola espiritual me parece una aberración completa. Valéry hace la caricatura del intelectual, el constante «pastiche» de su actividad. El verdadero intelectual es, en efecto, para mí, aquel que aplica su espíritu a la penetración de la *realidad*.

Valéry, por el contrario, desdeña todo sujeto real. Mucho más que de la poesía pura, Valéry me parece el autor de la idea pura, es decir, la idea vacía. Valéry aparece así, no como un pensador, sino como un aficionado a las ideas. La ignorancia de los hechos concretos le parece necesaria para pensar. «¿Qué más favorable al pensamiento—escribe—que la ignorancia del espectáculo de la vida a nuestro alrededor?» Nuestra ignorancia nos obliga a establecer hipótesis. «Gozad vuestras hipótesis.» La erudición es su bestia negra. Tiene una verdadera impotencia para interesarse por lo sensible, lo perceptible; para concentrar su espíritu en una cuestión objetiva, a fin de enriquecerlo con nociones nuevas. Le falta por completo la curiosidad. Soñemos... ¿Un descubrimiento cualquiera o un sueño, no son equivalentes para él? Su cultura general le provee sobre cualquier asunto de algunas nociones con las que se contenta.

Tiene horror de estudiar, de profundizar este asunto determinado. Prefiere meditar, ayudado por un número determinado de nociones adquiridas en su juventud, sobre el tema que se le proponga. ¿No es suficiente con reducirlo (el tema) a la «figura y el movimiento», es decir, a un teorema abstracto y

cuantitativo, a una fórmula? Las capillas simbolistas le dieron este gusto por las fórmulas sabias, fatales, extrañas, curiosas, precisas, cifradas, que no significan gran cosa.

Después de leer estas objeciones a la obra de Valéry, cuya veracidad y acierto podrá discutirse, pero no su perspicacia, no comprendemos bien por qué Leon Pierre Quint continúa considerándolo como uno de los «cuatro o cinco primeros escritores de nuestra época». Veamos si al estudiar las primeras obras de Valéry nuestra curiosidad queda satisfecha:

La obra de Paul Valéry no es larga de leer. Era casi un adolescente cuando escribió, al mismo tiempo que algunos extraños poemas simbolistas, la *Introducción al Método de Leonardo de Vinci*, de unas cincuenta páginas de texto, aparecida en la *Nouvelle Revue*, que entonces dirigía Julieta Adam. En este ensayo, bien conocido, sabemos que Valéry se sirve del personaje histórico de Vinci solamente como punto de partida: Vinci maestro en todas las artes y las ciencias, parece representarle el tipo ideal de la inteligencia universal. ¿Qué es lo que caracteriza esta inteligencia, que Valéry trata de reconstruir?

El desprendimiento de todas las opiniones, de todos los sentimientos, de todos los éxtasis, porque son cosas vagas. Por lo tanto, es la facultad de análisis, llevada al máximo de rigor posible y que tiende a fijar cierta cantidad de relaciones, expresables en palabras, cifras o signos. La inteligencia universal es precisamente la que posee mayor número de elementos de este lenguaje preciso.

El año siguiente, a los veinticuatro años de edad, Valéry redactó la célebre *Soirée avec M. Teste* que no tiene más de treinta páginas. Esta vez el autor, en plena libertad, ima-

gina un genio del ensueño. Por desprecio a los hombres y a la celebridad humana, M. Teste desdeña probar su superioridad en una creación cualquiera. Su genio reside simplemente en el poder maravilloso que ha adquirido su inteligencia. ¿Cómo ha sucedido esto? Exactamente por los medios descritos en el *Método de Leonardo de Vinci*, es decir, por el desarrollo de esta inteligencia pura, *por y para ella misma*.

¿Cuál es, por último, este poder extraño de M. Teste? Valéry lo ha dejado entrever desde algún tiempo atrás. La memoria de Teste retenía los recuerdos, no disminuidos por el pasado, sino al contrario, se conservaban como equivalentes completos de las impresiones originales. Por supuesto que alcanzaba la atención suprema, dentro del estado de conciencia más elevado. Así había llegado a descubrir leyes del espíritu que nosotros ignoramos. Había suprimido el azar en su actividad intelectual. Si hubiera deseado ser un hombre de acción, «nada ni nadie le hubiera resistido».

M. Teste es más que una simple construcción de la inteligencia; es un hombre que ha quebrado, con un concentrado ardor y con un mínimo de gestos, cierto número de leyes humanas. Por esto, es humano. Sólo no ha podido vencer el sufrimiento físico. Por esto no puedo leer este pequeño libro sin sentirme cogido de nuevo. Constituye, a mi juicio, la obra maestra de Valéry.

Como puede verse, la admiración de Leon Pierre Quint por Valéry se manifiesta antes que nada porque es autor de esa pequeña maravilla que es la creación del poeta francés, de ese sugestivo personaje que se llama Monsieur Emile Teste.

CHILE DESDE FUERA

En el último número de *Nosotros*, la revista que en Argentina